

Fallo del I Certamen Literario “Ana María Navales” 2012

El jurado del I Certamen Literario “Ana María Navales”, que convoca la Fundación Fernando el Católico, destinado a las modalidades de poesía y narración breve para jóvenes entre 18 y 30 años, formado por Rosendo Tello Aína, presidente, y como vocales Marga Agudo Ramírez y Eugenio García Fernández, ha decidido por unanimidad:

Conceder el premio de Poesía al original titulado “Elogio del veneno”, del que es autor Yapci Bienes Pérez, de Santa Cruz de Tenerife.

Y el de narración breve al original titulado “El jazz da la luz”, del que es autor Fernando Barrera Esteban, de Zaragoza.

El jurado quiere hacer constar la alta calidad de la gran mayoría de los originales presentados, algo superior en el apartado de narrativa, que supone un alto grado de esperanza en la creatividad presente y futura de las jóvenes generaciones de escritores, que manifiestan un gran conocimiento del medio expresivo, una gran cultura literaria y una imaginación desbordante.

Al I Certamen Literario “Ana María Navales” se han presentado más de un centenar de originales (67 en Narrativa y 50 en Poesía), procedentes de distintos puntos de la geografía española: Canarias, Madrid, Valencia, Galicia, Andalucía, Murcia y ambas Castillas. También se han recibido originales de autores del ámbito hispanoamericano. El premio está dotado con mil euros para cada modalidad.

Elogio del veneno

Yapci Bienes

Puntos de partida

Y fuimos arrojados
a la honda quemadura de los días,
a la voracidad.

Vinimos a buscarnos
por calles repetidas,
a cruzar laberintos de nombres y de números
el uno tras el otro.
Vinimos a buscarnos.

Y fuimos arrojados
a la sola mitad de nuestros cuerpos.

Cifra sagrada

Me derramo en tu cuerpo, me derramo
lo mismo que la luz cuando desciende
cielo abajo y su ser todo lo prende,
porque no tiene límites ni amo.

Como agua resbalo tramo a tramo
por ti y el hondo azar que nos sorprende;
beso a beso en tu cuerpo que me enciende
hago alto el destino y lo proclamo.

Derramada materia que concentra
sus átomos vehementes; insaciable
mitad que en ti disperso pero aúno.

Derramada materia que se encuentra
en el propio esparcirse innumerable,
en la cifra sagrada que es el uno.

Técnica mixta

Sin velos ya, te persigo, sin puertas
previas a la última que escondes,
a la que es más tú de entre todas cuantas eres.
Entras al poema,
como a una clara estancia
que no coincide con tus pasos
en este instante, pero entras,
en presente incontestable.

En cambio, no eres tan tú como acostumbras,
algo voluntariamente arisco se me pierde
en el intento;
existen contrabandos, reticencias
en tu fondo que no abarco.

Torpe pintor,
busco con trazos desolados
traerte, íntegra, a la tela,

te convoco, te llamo
con líneas infieles a tu cuerpo
verdadero. Pinto tu cadera, y luego tu costado
y subo el pincel hacia tus senos
que no son,
pues, cuando miro
el óleo, faltas de ti misma.

Vuelvo a comenzar: tu nariz, tus ojos;
no, así no eran. Fracaso
otra vez. Sólo a ojos cerrados
soy capaz de pintarte:
y al fin entras, exacta, en el poema.

Yin-Yang

Ascendemos a una edad salvaje
de cepas ardientes bajo el signo de la luz,
de sangre abierta al oleaje
que corona la noche con su música.

Entramos en la edad de la dulzura incalculable,
de la virtud difícil que es la desmemoria.

Edad sin edad,
donde noche y día se reúnen
en el único círculo que somos.

Elogio del veneno

Amor, elogia el veneno, arde,
arde en mí.

Esto es el zarpazo de la vida
hacia el fondo de los cuerpos.
Elogia el veneno,
la edad secreta de la luz.

Arde en mí,
caigamos devastados, como últimas manzanas
sin temblor;
caigamos hacia dentro
para dar con países de otra alquimia.

Elogia el veneno,
que nos alce el desorden de los átomos,
su enredadera ardiente propagada.
Esto es la liberación.

Esto es el zarpazo de la vida
hacia el fondo de los cuerpos.

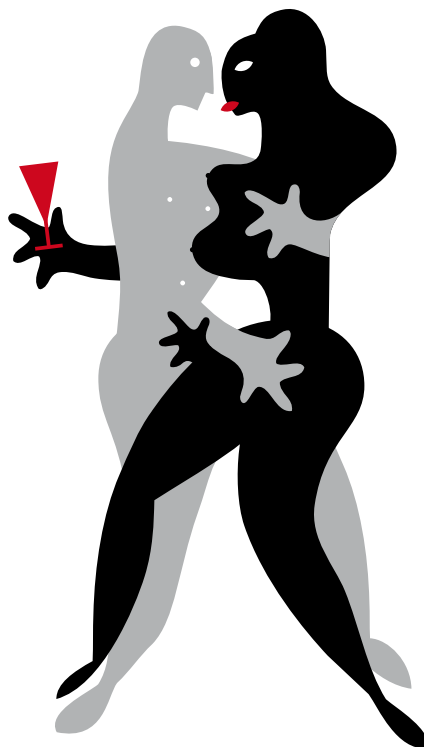
¿Acaso es paradoja que en los limos,
que en los posos de tristeza y tiempo
descubramos el principio,
que forjemos el vuelo más intenso
tan abajo?

Big Bang, destruidos los amantes,
explosión,
materia maternal para el comienzo.
Génesis, pureza
coronando una muerte relativa.

Coronando una muerte sucesiva
te agolpas en mí,
sacudes mis azares, ráfaga
de oro,
me levantas y me vuelves a arrastrar,
y vamos juntos
entrando a un espacio alucinado,
al origen redondo
del que nacemos más desnudos
cada vez.

El jazz da la luz

Fernando Barrera



El jazz da la luz que le falta a las calles cuando la ciudad duerme y cuando es el arte quien se esconde en los antros de poesía beat cargados de humo y alcohol y piano y saxos y trompetas y una batería marcando constantemente los tiempos que no cesa de repetir los nombres de algunos poetas muertos, y vestidos y trajes, y bailes de trance psicodélico y recitales en una esquina, y chistes y cuentos y sonrisas y destellos y algún beso furtivo y largo dado en la intimidad de la oscuridad profunda como la de aquella esquina, donde esperabas ajena al ruido de la vida, de la pesadez de la existencia que apoyada en la barra del bar agotaba las reservas de güisqui del local. Y, no recordarás, me acerqué a ti con dos copas, jugándomelo todo a una sola carta (a un solo licor) esperando que te gustase, que bebieses, que accedieses a hablar conmigo y que dejases de mirar al trompetista que desde la tarima te lanzaba besos y que tuvo la osadía de preguntarme horas más tarde que si eras mía (lo dudo, caballero) y que querría acostarse contigo, cosa que no podía permitir y que me obligo a recurrir a una suave amenaza que tuvo un contundente efecto y que me libró de pasar a las manos, lo que no

suele ser de mi agrado. Y me senté frente a ti observando tus ojos de chispa y alarmante susurro eléctrico y hablamos, no recordarás, durante largo rato de esas bobadas que fingimos nos interesan y que vomitamos sin pudor durante horas y horas y horas para mostrar prepotentemente todo el absurdo que somos capaces de llevar dentro para impresionar, pero no te interesaban ni Ezra Pound ni Baudelaire, ni a mí me interesaban las nuevas formas compositivas de las que me hablaste, y descubrimos por el roce de nuestras piernas bajo la mesa, que, entre el jazz y el humo, entre el revuelo de las miradas y los besos en las mesas vecinas, éramos potencialmente dos amantes con una ciudad lluviosa y desierta para nosotros. Así es: bebop y poesía. Poesía, no recordarás.

No recordarás la amenaza que lancé (qué lance el que pudo armarse) al trompetista. Que en teoría no debiera haber sido suficiente un «si se le ocurre intentar hacer algo más que mirarla, no tocará jamás la trompeta», pero que en la práctica lo fue, y reíste mucho el suceso y me hiciste repetir la voz y la frase al menos seis veces y reías cada vez más, pero dejé de hacerlo porque me besaste a la salida de un ensanche, entre calles de bares y putas,

y luego tarareaste esa canción de Moondog cuyo nombre intento recordar siempre y nunca me sale. Tu conversación era de todo menos fluida: se te trababa la lengua, pero llegaban a tener gracia las tonterías que decías, y más gracia tenían (tenías) si me abrazabas. Descubrí que si te gustaban los gatos era por que habías visto una foto de Cortázar con un siamés precioso y que si leías a Kerouac era porque un capullo te lo había enseñado una noche de noviembre gris de la que solo recuerdas retazos de sueño de heroína. Olvidaste tu bufanda atada en una señal y gastamos media hora en deshacer el camino trazado para recogerla y no estaba, y en vez de enfadarte como esperaba, sonreíste y reíste a carcajadas y citaste un proverbio chino que jamás volví a escuchar y retomaste el camino y nos perdimos y llovía y estábamos calados hasta los huesos, pero nos daba igual porque la juventud bajo la lluvia era doblemente bohemia. Nos intentaron robar unos vándalos y no hubo amenaza que sirviera, pero les diste pena –siempre pensé que tuvo que tratarse de un error: no podías dar pena de ningún modo– y nos dejaron marchar, y en el callejón siguiente nos acorraló una banda de quince gatos con ganas de robarnos alguna espina de pescado, pero se serenaron cuando les dije que veníamos de beber ron y que esa noche, lo siento de veras, felinos, no teníamos, y se fueron y me bautizaste con infantil gracia como *El Hombre Que Susurraba Al Oído De Los Gatos* y me hizo sonreír y creer que en tan poco tiempo ya te amaba, pero me alejaba tanto eso de la poesía y los poetas malditos que ni amaban ni fueron amados que decidí pensar únicamente en la lluvia y en qué escribir cuando pasara y en *Solar*, de Miles Davis, que me hacía sonreír cuando menos lo esperaba. Me abrazaste cinco veces, me besaste tres, me recitaste dos poemas, me cantaste seis canciones y me llamaste por mi recién nuevo nombre al menos una vez. Tiene gracia. No suelen pasar tantas cosas a la hora de llover.

Empapados como estábamos decidiste hacerme partícipe del mayor secreto jamás guardado y tu intención de marchar a Europa y atravesar la bohemia con tu encanto y escribir poemas y componer para piano y leer hasta las tantas libros olvidados y beber, beber como si no hubiese mañana para caer siempre borracha en mis brazos porque en ese momento lo estabas y te resultaba maravilloso, dijiste, mi presencia tan cercana al mareo de tus pensamientos y de tus sueños de viajar a Irlanda y aniquilar al gran escapista de Praga y montar un circo y alquilar elefantes de segunda mano, viejos y enamorados, ya que tu intuición decía que eran más fáciles de manejar, mucho menos problemáticos y de una educación impecable. Me contaste tu quimera personal: viajar en un globo gris alrededor del mundo y fotografiar desde arriba las nubes y el mar (mar que no habla olvidado de todos por asesinar barcos pesqueros) y la sabana africana y los cisnes negros y las vacas peludas de Escocia y los trenes en el oeste de América y los frentes en las guerras y los estadios llenos ante la inmediatez de un éxito olímpico y las aves en migración y los montes ocupados por jóvenes con guitarras y las casas deshabitadas con amantes escondidos de las miradas de los obsesos agazapados tras los setos; matar leones desde lejos disparando con una venda en los ojos y leer en otras lenguas sin antes haberlas aprendido, deshacerte entre mis brazos, dijiste, y vivir la sensación que ya creías haber vivido de descansar desnuda sobre mí desnudo. Nuestras manos reptaban bajo nuestras prendas y la lluvia y el viento y todo era jazz, parapapapaaa, y aún sonaban las trompetas y un piano y tú me besabas. Me besabas, no recordarás.

El viento, que rugía cuando la lluvia amainaba, daba señales de vida a ratos y subía los bordes de tu vestido y te reías y me mirabas y te tapabas la boca con la mano, pero me guiñabas un ojo y decías que el viento, a pesar de tumbar árboles, era tan

poeta como nosotros porque escribía sus letras en las paredes. Jazz. Eso eras. Mientras la gente arrastraba su mediocre existencia por las aceras y los coches escupían su humo sin decoro, tú sonreías y tus labios cantaban y te pronunciabas en carcajadas y hasta soltabas tacos cuando lo creías oportuno y me pediste hacerte mi musa sin saber que ya lo había hecho hacía un buen rato, y me pediste, no recordarás, que te llevase a casa y te desnudase y te hiciese posar como Man Ray lo hubiera hecho y que luego te hubiese llenado de besos y saliva el cuerpo, que me ibas a tratar de gato y que yo debía tratarte de gata, que no me ibas a cerrar la puerta, que ibas a hacer un verso y a beber dos copas más a mi salud, por este y los demás momentos, gritaste, y medio mundo se giró a mirarte y se dijo que verdaderamente estabas mal, que era necesario que te llevasen a casa, pero éramos la bohemia y queríamos bailar y sabíamos que una copia de Jerry Lee Lewis daría un concierto en un antro podrido y lleno de sexo e íbamos a ir de la mano, porque me diste la mano, para mover las caderas y sentirnos en otra época y besarnos de pasada en cada ir y venir de nuestros pasos. Jazz, rock & roll y pianos ardiendo... ¿qué más da? Eso eras.

El piano aporreado, *kiss me babe*, tutituruturí, pa, pa, parapapaa, tst. Era verdaderamente aquel hombre una copia del polémico pianista: golpeaba con los zapatos las teclas amenazando con dar uso a un mechero. Bailé y todo el mundo a nuestro alrededor bailaba y me sacaste la lengua y desapareciste entre la gente buscando que te buscase y corrí tras de ti y te encontré y me abrazaste y me metiste en el servicio y te desnudaste y me desnudaste y nos besamos y estuvimos quietos un rato escuchando tras las paredes los *yeah* y los *oh, girl* y las notas y nos reíamos si alguien quería entrar y se quejaba de que aquello llevaba ocupado más de veinte minutos. Parapapapa, tst, tst, titurí, titu, parapa, tst, tst. Es en esos antros podridos y de sexo

donde se duda acerca de la existencia y se plantea la banalidad del vivir y donde hasta el mejor pianista encuentra en sí a un cualquiera que sin pena ni gloria viene y va y se deja caer y llega un momento en el que no se levanta. El del contrabajo, que tocaba con los ojos cerrados y sonreía de cuando en cuando, pensaría en la estupidez de sus sonidos a veces y le podría la pena y se diría, no estando muy seguro de querer contestarse, cuánto de veras era importante ser en tanto que parecer o parecer en tanto que ser, no sé, ni sabré, tal vez, no puede ser y sin embargo es, la cosa va así, se diría el del contrabajo, pero a aquel hombre que gritaba y movía sobre el teclado sus seguras manos no le cabía duda de que el universo era mucho más que vivir y ser materia y morir y no serla, pues encontré en la melodía de ese momento un instante eterno. Es en esos antros podridos y de sexo donde se dan los milagros. Tus besos. No te interesaban ni Ezra Pound, ni Baudelaire, ni Rimbaud, ni la gloria en la poesía, ni Modigliani, ni Chagall, ni T.S. Eliot y hablabas sólo de Kerouac y Cortázar, tal vez de Allen Ginsberg, sin sospechar que hubiesen existido la Generación Beat y el Boom de la literatura latina y aun así eras tanto de todas sus letras y de los parapapapa del pianista, eras tú lo que ellos escribieron (pintaron) sobre tí, esperando que en algún momento fueses lo que soñaron y que alguien te besase como yo lo hice y, verdaderamente, qué maravilloso les hubiera parecido que fuese un escritor fracasado, con la carga trágica y estética que connotaba, quien probase de esa manera tus labios. No era cierto: no aseguraré que fueses para tanto. De hecho, descubriría en mi recuerdo cada uno de tus fallos, pero ciertamente era todo algo mágico y de eso se trataba, porque a la magia, como a un fuego, allá afuera ya la habían apagado. Esa noche éramos música, pienso, y, no recordarás, se te trababa tanto la lengua que resultaba ridículo escucharte. Movías tan bien las piernas... Reímos mucho. Reímos, no recordarás.

Más allá de cualquier disonancia emitida y mucho más allá de cualquier comentario escuchado en la boca de aquellos que también bailaban, encontraste la genial idea de querer escucharme tocar y en tu empeño dio la impresión de que pretendías mover cielo y tierra para cumplir aquel infantil objetivo y no pude hacer más que mirarte alarmado esperando que reconocieras la estupidez de aquel desaire y me devolviste la mirada segura y terminó la canción y todos aplaudieron y el pianista y su banda bajaron a beber a la barra ese licor azul y asqueroso que daban a los músicos para evitar pagar cualquier sueldo. Te acercaste al falso Jerry y os mirasteis, le sonreíste con picardía y fui capaz de ver el brillo de la lujuria en sus ojos y le susurraste algo y asintió encantado y subieron los otros músicos y él se quedó ahí contigo, no recordarás, intentando besar tu cuello mientras desde arriba por los micrófonos me llamaban para llegar al piano, a lo que obviamente me negué en rotundo y a ti casi te estaba besando aquel pesado y subí corriendo y agarré el micrófono. «Tú, imbécil, yo he quemado más pianos que Jerry Lee Lewis». Y era verdad. Aquello fue una explosión absoluta y el pobre dejó de intentar besarte reflejada la ira en su mirada y te sonreí y te escapaste de sus garras y respiré hondo y comenzó todo: el tumulto se deshizo en bailes sucumbiendo a la euforia de mi golpe al orgullo de aquel que ahora maldecía escondido de las risas que le caían. Great Balls of Fire. Así era. Bailaste. Bailamos, no recordarás.

Es la calle la que recoge el ruido y el eco de las trompetas y donde los adoquines levantan el ruido del subsuelo y nacen las historias subterráneas que tanto encandilan al lector nocturno que bebe y mira por la ventana esperando encontrar alguien como tú para invitarla a subir y jugar con ella a ser perverso y leer las obras completas de Freud y escribir bajo la pista de una entrevista de Joyce o la voz de rey del gran Dalí y volcar

sobre la mesa las botellas y tumbarse sobre ella, ¿no crees?, tan desnuda y mirando al cielo, porque de mirar al cielo se trata. Antes de que escape. El cielo, por supuesto. Podríamos pensar todo aquello y lo pensamos, recuerdo, y me llevaste por entrecallejuelas buscando un sitio que sólo tú conocías y yo te seguía, mirándote los pies e intentando pisar donde pisabas casi corriendo, y llegamos y no había más que un parque lleno de basuras y columpios rotos y oxidados y situado por enormes rascacielos y aseguraste que desde las azoteas se podían ver las estrellas y te colaste en uno de los edificios y subimos hasta una de ellas y te quedaste quieta mirando la inmensidad de la oscuridad y de la lluvia que te daba en el rostro y no pudimos ver las estrellas por mucho que nos hubiésemos acercado, pues las nubes no se iban a quitar aunque apretásemos los puños y lo exigiésemos. Soltaste una carcajada, no recordarás, y sujetaste con tus manos mi cara y vi en tus ojos la mirada de un astronauta, o eso quise ver, y tu lengua tocó la mía y fue entonces cuando creí subir en aquella nave espacial y atravesar las nubes y destrozarlas y mirar por la ventana y ver nuestro planeta tan pequeño ahí abajo y la nieve de los polos y el sol en el caribe y luego las estrellas, los planetas, las galaxias, los cometas y los protagonistas de una novela de ciencia ficción que leí a los catorce y que pensaba había olvidado y aceleramos el trasto a la velocidad de la luz y llegamos a un lugar que jamás nadie hubiese imaginado y separaste tu boca de la mía y era verdad: desde la azotea se veían las estrellas. Las estrellas, que debían valer por cada uno de tus amantes y que controlaban tus intenciones esperando que tomases un avión o un barco y llegases a Praga, que buscaras al escapista y lo encontrases y le hicieses ver, enseñándole los dientes, su inmediato y trágico destino y le atravesases el pecho con tu sable de rubies y llevases su cadáver a la plaza central donde todos pudiesen verlo para entender así que

ya había llegado el final de los escapistas que a tantos elefantes habían envejecido y enamorado convirtiéndolos en simples y llanas herramientas de circo. Soñabas con robar un gato porque el tuyo se había largado. Controlaste el momento en tus dedos y abriste la mano. Corrimos, no recordarás.

Pisamos muertos de cansancio la calle y el viento y la lluvia y alargaba sus pasos por la acera mi sombra a lo lejos, la sombra de una metáfora andante que va y viene y bebe y fuma y llora y lee y vuelve de nuevo a los brazos de la que toque y la besa y la ama y se olvida de ella y le regala flores para compensar los daños y le cuenta tres o cuatro historias escritas la noche anterior y toca el piano suave al principio *in crescendo* hasta una explosión absoluta de acordes y disonancias y la echa de casa y se acuesta y llora y no se duerme y lee filosofía para coger sueño y no lo encuentra y lee física cuántica y le aburre porque todo es demasiado fácil una vez queda relacionado con la poesía y pone la radio y escucha a ese hombre que se deja la voz y que tanto le gusta y se relaja y cuando cree dormirse se pregunta que a qué coño viene esa canción que escuchaba ella y entonces tiene que seguir leyendo y no se duerme: y no se despierta. Acompañados por ella (una (mi) sombra larga y negra que no era la primera vez que te perseguía aunque jamás te hubiese hablado), no recordarás, me besabas menos y te intentaba abrazar y me lo impedías y me sentaba eso de tal forma que te ignoraba y te prendía fuego en mi mente y hablaba para mi y para nadie más porque nadie más me escuchaba, sobre la nueva métrica que había encontrado para los poemas que mejor podían representar el desasosiego del vivir en un mundo de estantes altos, libros demasiado pesados para ser transportados y ventanas cerradas con persianas echadas en las alcobas de las más bellas damas. La noche era jazz y la lluvia acompañaba y tus pechos y tus brazos y las

mariposas de tu espalda y tu lengua y el papapapapapa tst tst tst de la batería que antes no paraba de repetir nombres de poetas muertos y el saxo, aquel glorioso saxo que sonaba mejor que el mío aunque jamás hubiese querido reconocerlo.

Te hablé por preguntarme sobre mi naturaleza intrínseca y reconocí haber robado libros a pesar de tener dinero para comprarlos y haber tomado librerías a fuerza de arma de fuego y obligado a desalojarla y haber quemado los libros de apariencia mediocre y absurda y te conté que perseguí mujeres ahogado en el delirio hasta sus casas, hasta las casas de sus amantes, hasta los templos, hasta las librerías que quemé y hasta los parques como aquel de las azoteas con estrellas. Reconocí mi condición de poeta muerto de hambre como lo eran mis amigos y mi calidad de pseudoliterario y aborrecido hombre de bar y supiste que escondía los libros de poesía entre las tablas del somier y el colchón por temor a que fuesen descubiertos y que había intentado de pequeño huir del país por haber escuchado que había ejércitos de poetas muertos y sentía que debía ser uno de esos, pero que la falta de capital y el miedo al desconocido mundo que se abre más allá de mis fronteras me hizo alquilar un apartamento diminuto que parecía haber estado esperando toda una vida tu presencia que apunto estaba de llegar pero que aún no llegaba y me besabas y abrazabas, no recordarás, y me permitías acariciar tu espalda y hacer circular mi lengua sobre tus hombros y además era la noche una noche de jazz, papapapapapa, tst, tst, tst y tú bailabas moviendo las caderas y acercándote y, papapapapapa, tst, tst, tst, ni la lluvia podía robarnos aquel rato que era más nuestro que de los cocainómanos que dormitaban en los portales y nos observaban y se preguntaban cual era el secreto, buscando explicación a que entre millones de posibilidades de que la vida no fuese más que una lenta agonía

nos hubiese tocado aquello, dirás, dije, dijimos y pensamos, si bien no recordarás, que deberíamos correr a por un globo de color gris para dar rienda suelta a lo que hubiese dentro de nuestras mentes, dirás y diremos, parapapapapa, tst, tst, tst, la batería y la trompeta, el saxo y el contrabajo haciendo escalas de arriba para abajo, como tu lengua entre mis dientes y mi paladar.

El jazz da la luz que le falta a las calles cuando la ciudad duerme y cuando es el arte quien se esconde en los antros de poesía beat, cargados de humo y alcohol y piano y saxos y trompetas y una batería marcando constantemente los tiempos que no cesa de repetir los nombres de algunos poetas muertos, y vestidos y trajes, y bailes de trance psicodélico y recitales en una esquina, y chistes y cuentos y sonrisas y destellos y algún beso furtivo y largo dado en la intimidad de la oscuridad profunda como la de aquella esquina, donde esperabas ajena al ruido de la vida, de la pesadez de la existencia que apoyada en la barra del bar agotaba las reservas de güisqui del local. Y, no recordarás, me acerqué a ti con dos copas, jugándomelo todo a una sola carta. Esperaba hacer contigo poesía sobre una cama. Tú también lo esperabas, no recordarás.

Bajo la atenta mirada del café, en la mesa, escribía y te miraba dormida en mi cama y sonreía porque tenía gracia, y aún llovía ahí fuera, pero no se escuchaba demasiado, pues el agua no caía con fuerza y había puesto, aunque casi en silencio, la radio y el interlocutor arrastraba su voz rota por los altavoces mostrando obras maestras del rock & roll de aquellos años en los que llevar tupé era tan mágico como lo fue en la guerra disparar rosas. No sabía, no creía saber sobre qué escribir, así que lo hice porque tocaba y relaté, marcando al ritmo del jazz que dejamos en aquel antro, cómo nos desnudamos, cómo tomamos la cama, cómo invadimos los espacios de la casa y

tiramos los libros de los estantes y llegamos a pisar un tomo ilustrado con obras de Lautrec y nos comimos y nos bebimos y gritamos y gemimos y descansamos abrazados una vez hubimos desatado la libido molestando a los vecinos. Y había dejado de llover en aquel rato y siguió después cuando mirábamos por el balcón, desnudos, caer las gotas que no sabían lo doloroso que era darse contra el suelo. El café, terminado. Amaneció pronto y yo estaba observando. Seguía lloviendo y el jazz ya no era necesario para dar luz a las calles que despertaban: dormitaban ahora los antros de poesía beat y cocaína, los poetas recogían la noche en sus poemas, los pintores la retrataban. Dormías y yo seguía escribiendo, que es, a fin de cuentas, lo único que sé hacer. Te fuiste, no recuerdo el porqué, y ahora odio los gatos pero disfruto con los trucos del escapista de Praga y con el recuerdo de tu cuerpo. Me besabas, no recordarás.